

CUANDO don Manuel Alvar llegó a la clase de la Universidad de Granada no lo esperábamos tan joven. Nos habían dicho que había ganado la cátedra muy joven, pero nunca nos imaginábamos su juventud. Era casi, y sin casi, como los alumnos que lo esperábamos. Entró sonriendo y, como si nos hubiera conocido siempre, empezó a hablarnos. Yo le tuve miedo desde el primer día y él creo que me lo notaba. Mi timidez ante él era grande. Jamás había oído explicar a otros profesores con tanta justeza, fuerza y equilibrio. Explicaba Dialectología. A mí me gustaba mucho la Literatura, pero a la Dialectología le tenía temor. Creía que todos esos mundos de palabras de los dialectos españoles no los iba a aprender nunca. Los veía demasiado dispares y profundos. Veía dentro de ellos una infinidad de vidas humanas muy distintas, que nos fueron dejando sus palabras, halladas en pequeñas bellezas de los campos, de los ríos, de los mares, de las flores, de las lluvias, del cielo, de la intimidad de los hogares, de los oficios más humildes. Palabras creadas por todo un mundo de seres humanos que yo nunca iba a poder comprender quizá porque estas palabras en sus respectivos mundos iban a estar siempre transformándose, variando constantemente, formándose, a través de ellas, otras cada día y no sabía si la palabra y su origen que aprendíamos en la clase viviría o moriría tarde o temprano, y yo quería que la palabra descubierta en su origen y en su presente fuera mía para siempre, mejor dicho, que no se fuera nunca de mí. Don Manuel creo que no sabía el amor tan grande que me estaba haciendo concebir mientras explicaba sus clases.

Cuando terminó la clase de aquel día de su llegada, Gregorio Salvador, Anita Rosa y yo íbamos por los pasillos emocionados. Gregorio veía su futuro en las enseñanzas de don Manuel. Yo veía el miedo al que antes aludí.

Pasaron los días, pasó quizá un curso académico o dos, llegó el examen de licenciatura y don Manuel me suspendió. No podía creerlo. No podía creer que don Manuel no hubiera comprendido mi amor y mi miedo por el lenguaje, ni mi torpeza ante el deseo de saber. Creo que yo estaría bastante torpe en aquel examen, que estaría nervioso, que no daría con la serenidad deseada y que, don Manuel, sintiéndolo mucho, sin decirme una palabra, me suspendió. Mi miedo hacia él fue mayor.

Pasó el tiempo y don Manuel se fue de la Universidad de Granada. Después me enteré

DON MANUEL ALVAR

Por José MARTÍN RECUERDA

de que daba muchas conferencias y clases en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos. Por aquellos tiempos estaba yo también en Norteamérica, pero no podía verle. Mi destino fue así. Quizá yo estuviera enseñando en Universidades muy lejanas de aquellas en las que enseñaba don Manuel. Busqué mi vida por lugares muy distintos a los que él pudiera estar. Quién me lo iba a decir.

Durante muchos años no volví a ver a don Manuel. Me hubiera gustado verlo y hablarle sobre la cantidad de palabras que durante aquellos periodos de tiempo fui oyendo por tantos rincones de la tierra, desde las aldeas españolas hasta el lenguaje chicano de los mexicanos asentados en Estados Unidos, sin olvidar el lenguaje sefardí, que él me enseñó en las clases de Granada y que yo después oí en algunos alumnos míos y en pequeñas comunidades sefarditas que, después de múltiples emigraciones, aún mantienen heroicamente su antigua lengua.

Años más tarde, yo veía a don Manuel, de vez en cuando, por las calles de Madrid. Después, para sorpresa mía, me invitó a que diera unas conferencias en el Instituto de Cultura de la Diputación Provincial de Málaga, y cuál no fue mi asombro cuando me pidió las conferencias para publicarlas en el libro «El teatro y su crítica» (reunión de Málaga de 1973). También publicó en este mismo libro una obra dramática mía. Por primera vez se publicaron «Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipcíaca». Don Manuel casi fue el primero en creer en esta obra. Yo seguí asombrado.

Me hubiera gustado haberlo tenido siempre por maestro. Y lo sigo teniendo en secreto: leo todo lo que escribe. Su escritura me sigue enseñando. Aprendo algo nuevo siempre que lo leo.

Llegó a mis oídos que don Manuel había dicho que cuando se jubilara se iría a dar clases a las Universidades de Estados Unidos. No podía soportar la jubilación que se le preparaba. Hacía bien. Pero don Manuel no se fue para siempre a Estados Unidos. Sé que sigue en España y, como todos sabemos, lo han hecho director de la Real Academia Es-

pañola. Cuando me enteré, no sabía qué hacer de alegría: ¿escribirle?, ¿llamarle por teléfono?, ¿enviarle un telegrama? No sabía, de verdad, lo que hacer. He recurrido a escribir estas líneas para decirle la mucha admiración que por él siento; para recordarle lo mucho que me enseñó a pesar de mi timidez, tan humana entonces, y, sobre todo, aquel amar las palabras y querer saber de dónde nacen y a dónde van.

Me acuerdo ahora de compañeros míos, alumnos también de don Manuel, que murieron en un solitario camino; alumnos como Pascual González y Nicolás Marín. Ay, don Manuel: ¿quién nos iba a decir que iríamos unos y otros por tan distintos caminos de vida y de muerte? Todos aquellos que estábamos deseando verlo entrar en la clase, mientras esperábamos en los pasillos; todos aquellos que comentábamos siempre sus clases con enorme cariño. Una cosa me entristece y no la olvido: me hubiera gustado hacer con ellos los Atlas lingüísticos que usted les encargó. Mi alma se hubiera llenado de palabras insospechadas, quizá más inolvidables, quizá más hermosamente bellas. Palabras que hubiera retenido mucho más por el trabajo que me hubiera costado encontrarlas. Pero olvidemos lo peor y recordemos lo mejor: todo lo que don Manuel Alvar hizo por tantos, hará ahora, para gloria de nuestro idioma, para que la lengua de Cervantes viva repleta de mayor hermosura. Yo, desde aquí, le envío un ramo de palabras que amé y que amo y le envío la gran alegría de saber que está donde está y que no se fue, como dije antes, a esos Estados Unidos que yo admiro tanto como pueda admirar él.

Creo que ahora aires nuevos revolotearán nuevas palabras en la Real Academia Española. Las palabras más insospechadas, más profundas, más bellas y más conocidas por las personas que las crearon que, para mí, son las más bondadosas y las más incultas; las más incultas y las más llenas de sabiduría popular. Revoloteará un mundo vivo con un lenguaje que enriquecerá nuestro diccionario y sonará sorprendente en las reuniones de académicos, presididas por don Manuel, dejando clavado su eco en las paredes donde nuestro joven maestro hablará exponiendo, con la humildad que le caracteriza, toda su sabiduría.



Martín Recuerda
Escritor

COMPRAMOS CASAS DE RENTA ANTIGUA

• PAGAMOS EL MAS ALTO PRECIO •
CASAS DE RENTA ANTIGUA, S. A.
Torre de Madrid, planta 7.ª Tel. 248 67 97
Con la garantía de Organización Inmobiliaria LOPEZ-BREA

SE ALQUILAN OFICINAS

muy representativas a reformar, 900 y 350 m².
Claudio Coello esquina a Villanueva
420 33 69 - 420 33 30. 9 a 2 y 5 a 8

SE ALQUILAN OFICINAS

230 m²
Castelló, 39, 1.º, (esquina Goya)
300.000 pesetas

PROFESOR MERCANTIL - ABOGADO EXPERTO CONTABLE Y FISCAL

Actualiza y lleva los asuntos contables y fiscales de su empresa. Insp. Hacienda. Teléfono 314 19 46

Richard Ellis
F. J. Pons Bottino A.P.I.
NAVES INDUSTRIALES

NAVES - ALMACEN
EN ALQUILER
Pol. COSLADA
410.77.20

CHALET

ZONA ARTURO SORIA, 360 m², piscina privada. En venta. 522 51 76